

UNA BUENA MADRE

Una buena madre.

— Cree a tu madre, que tiene experiencia de la vida, que conoce el mundo y no ha de aconsejarte mal. Vosotras, las muchachas, os desvanecéis por cualquier cosa: por un bigote retorcido, por unos ojos negros, por una dentadura blanca o por una levita de buen corte. Y eso, ¿qué es? Nada. Lo que debe buscar una mujer de juicio para casarse no es un marido que le guste, sino un marido que le convenga. Don Pedro te conviene; hazle caso, y déjate de tonterías.

— Pero, mamá, si no le quiero; no le podré querer en mi vida. Quiero a otro, a Carlos, ya lo sabes.

— La canción de todas las jóvenes; conozco muy pocas que no hayan dicho lo que tú en igualdad de circunstancias; después se han casado y son felices y están satisfechas de haber seguido los consejos de sus padres.

En semejante conversación andaban empeñadas doña Gertrudis y Julia, una madre y una hija, de cuarenta y cinco a cincuenta años la primera, de veinte la segunda, avarienta de comodidades la una, de ideales placeres la otra, e iluminadas ambas por el resplandor de una chimenea sobre cuyos morrillos chisporroteaban dos troncos medio quemados, despidiendo fulgores rojizos, goteando chispas de luz que se desvanecían en el aire y coronándose de llamas inquietas que brotaban en movimiento rá-

pido por entre las junturas de la leña y se dilataban un instante como si tratasen de huir por el respiradero del hogar y volvían luego al punto de partida, y se enroscaban a los troncos haciéndoles crujir con seco e intermitente estallido, desgastándolos y ennegreciéndolos para destruirlos, para carbonizarlos, para que, convertidos en brasas, cayeran humeando en el suelo encenizado de la chimenea.

Era la madre lo que son todas o casi todas las mujeres que se aproximan a la cincuentena: una señora pacífica, honesta, virtuosa, reflexiva y algo beata, porque la religión católica hace muchos prosélitos a esta edad; a falta de los goces terrenales, se buscan los celestes: cuando se le escapan los unos, echa el hombre mano de los otros; procedimiento muy parecido al de cierto caballero, ya anciano, el cual, habiendo sido gran comedor de carne en su

juventud, alaba ahora con entusiasmo las sopas de ajo; y todo, ¿por qué? Porque no tiene dientes. Así es la moralidad de muchas personas que yo conozco.

No había, pues, que hablarle a aquella señora de amor, de ilusiones, de esperanzas y de quimeras juveniles: estas palabras (sólo como palabras las admitía) eran, a su juicio, un conjunto de simplezas indignas de respeto e impropias de gente formal. Por tal motivo, aconsejaba a su hija que aceptara un matrimonio de conveniencia. Así es que al cabo de una pausa, durante la cual revolvió los leños cruzados sobre la chimenea, hizo un gesto oratorio, lleno de convicción y energía, y reanudó la plática en la siguiente forma:

— Mira, Julia, hija mía: don Pedro te conviene; es rico, ocupa una posición envidiable y posee la suficiente experiencia para ser un hombre de su casa y hacerte

feliz. Carlos es un calaverilla; su porvenir anda muy inseguro, y su presente... Los presentes que pueda hacerte él con el suyo los pago doble y no me cuestan arriba de doscientos reales... Es preciso pensar en lo futuro; mientras vivamos nosotros, tu padre y yo, no ha de faltarte nada; pero, ¿y luego? Fíjate bien. El amor pasa pronto; cuestión de unos meses; las que no pasan nunca son las otras necesidades de la vida, y a ellas hay que atender en primer término.

— Pero, madre, si yo amo a Carlos; si para mí no hay en el mundo felicidad posible sin él; es muy guapo, muy cariñoso; tiene un talento tan grande, un corazón tan noble... En cambio el otro es insoporrible... ¡No puedo sufrirlo!...

— ¿Por qué?

— ¡Es muy feo!

— ¿Y qué imaginas tú? ¿Que Carlos va

a ser guapo toda su vida? Pues sábelo: a la vuelta de diez años estará lo mismo que don Pedro. Además, don Pedro no es repugnante, ni mucho menos; un poco gordo está, pero eso no importa.

— Madre...

— ¿Qué vas a decirme? ¿Que le faltan algunos dientes?... El día que te cases con él le haces comprarse una dentadura nueva, y hombre completo; sobre que las dentaduras postizas son más iguales y no crían sarro.

— ¡Qué cosas dices, madre!... No es en el abdomen ni en la dentadura de ese hombre en lo que yo reparo; es todo él, entero y verdadero, lo que no me gusta. ¡Si fuese feo únicamente! Pero es zafio, tonto...

— ¡Tonto un hombre que posee catorce millones! ¡Tú sí que eres tonta!

— Bueno; seré lo que tú quieras, pero no lo puedo aguantar, no le querré nun-

ca. ¡Cómo pretendes que me una a un hombre a quien no quiero!... Amo a otro, ya lo he dicho, y el amor no se arranca del alma tan fácilmente como supones tú.

— Déjate de amores y de ensueños ridículos, y reflexiona un poco. ¿Qué porvenir será el tuyo con Carlos?... Supongamos que te ama, y ya es suponer: el amor representa para los hombres un capricho; en cuanto lo satisfacen, buenas noches; pero, en fin, Carlos constituye una excepción, y te ama. Aun así y todo, ¿es el amor el objeto de la existencia? No; el objeto de la existencia consiste en disfrutar de ella honradamente, claro que honradamente, y no iba a decirte otra cosa. ¿De qué disfrutarás con Carlos? De un piso cuarto con entresuelo y sin alfombra: gracias a que podáis tener una estera de cordoncillo; de un mal cocido a diario y de un principio modesto los días que repi-

quen gordo. Pocos trajes, pocas diversiones y muchos hijos... ¡Qué perspectiva tan deliciosa!... En cambio, ¿qué va a faltarte con don Pedro? Nada; ni siquiera cariño, porque él te quiere mucho. Y lo demás..., lo demás, ¡figúrate tú! Un hotel en la Castellana, un coche a la puerta, una mesa excelente, abono en el Real, donde le pidas; trajes magníficos, joyas de gran precio..., cuanto puede apetecer una mujer a la moda; y eso serás tú, la reina de la belleza y del buen tono. ¿Qué necesitas para conseguirlo? Acostumbrate a don Pedro; y te acostumbrarás y serás dichosa: a un hombre, sea cual fuere, se acostumbra una; a lo que no se acostumbra nunca es a la miseria y a las privaciones!... Medítalo bien, y cree a tu madre. ¡Quién más deseosa de ventura que ella!

En igual o parecido estilo siguió discutiendo la buena señora, valiéndose de su

influencia sobre su hija para inculcar en su cerebro aquellas opiniones; y lo hacía de buena fe, inspirándose en las ideas prácticas que dominan a nuestra sociedad y que van a concluir por arrancar de ella cuanto en ella existe de noble y de honrado. No comprendía que con semejantes procedimientos, y al pretender extirpar del corazón de la muchacha honrados y puros afectos que, teniendo por base el desinterés, hacen al ser humano capaz de todos los sacrificios, de todos los heroísmos, de las grandezas todas, mataba la rectitud de su conciencia y las vibraciones generosas de su alma; no comprendía que induciéndola a sacrificar sus ilusiones por los placeres egoístas y vulgares de la existencia, prostituía a la joven, ni más ni menos que prostituye a una mozuela cándida una tercera experimentada; no comprendía tampoco que amonestar a una

mujer enamorada de un hombre a casarse con otro, vale tanto como contribuir a su deshonra, porque el amor no se suprime como los empleados de Real orden.

La madre de Julia ignoraba esto.

Siguió, pues, aconsejando a su hija, y terminó su conferencia con las siguientes palabras:

— Abandona a Carlos y cástate con don Pedro. El amor se olvida; yo te aseguro que olvidarás para siempre a ese mozo.

La muchacha bajó la cabeza, sonrióse la madre con sonrisa de triunfo, y mientras ellas callaban, por entre los dos troncos abrasados y superpuestos que remedaban con sus tonos encendidos los labios brutales de una boca enorme desmesuradamente abierta, asomó una llama, una lengua de fuego, la lengua perteneciente a aquella boca desdentada y siniestra. Aquella lengua parecía burlarse de la ma-

dre y de la hija, que se contemplaban en silencio.

.....

Julia se ha casado con don Pedro y es feliz, completamente feliz. Su madre tenía razón.

¡Por supuesto, que Carlos sigue siendo amigo íntimo de la casa!

ENRIQUETA

Enriqueta.

¿Quién se acuerda ya de Enriqueta? Y, sin embargo, en estos primeros días de noviembre, destinados por el mundo a rendir culto a la materia en descomposición, nadie con más derecho, ninguno más a propósito para recibir ese culto que aquella mujer, aquella hermosa estatua de carne blanca y dura que encerraba dentro de su cuerpo — si encerraba algo — la menor cantidad de alma posible, la suficiente para animarla, para despertar en su cerebro vibraciones que parecían ideas y en su corazón

latidos que se disfrazaban de sentimientos; un organismo espiritual, rudimentario; nada, o tan poco que ni aun vale la pena de ocuparse en ello. Enriqueta no fué buena ni mala, inocente ni culpable, sensible ni insensible: fué hermosa; he aquí su única y exclusiva condición.

Verdad que tampoco necesitaba de otra. Nadie se ocupó de pedirle sentimientos; todos considerábanse bien pagados con que les ofreciera sensaciones; sensaciones rápidas, alegres, fugitivas, momentáneas, algo así como el efecto producido por la música francesa, por esa música chispeante y sensual, cuyas notas deleitan el oído con voluptuoso cosquilleo y se alejan después sin que el alma se dé por advertida de su presencia.

Enriqueta se hallaba maravillosamente organizada para responder a todas las solicitudes del deseo. De músculos poten-

tes, de piel fina, exuberante de vida, espléndida de formas; ansiosa de goces, pródiga para darlos, insaciable para recibirlos, ajena al cansancio, habituada a la orgía, saliendo de ella como de un baño de juventud, sin quebrantos por lo que fué, dispuesta a comenzar de nuevo, sin amar a nadie, sin odiar a nadie tampoco, podía encontrársela siempre con la cara fresca, los ojos secos y los labios húmedos, procediendo, por manera inconsciente y fatal, con la regularidad uniforme de una máquina.

Y eso era, después de todo: una máquina de placer.

No una mujer, un sexo.

A mí hubo de parecerme, cuantas veces tuve ocasión de verla, un objeto curioso, un ejemplar digno de estudio; y ayer, contemplando la fosa común de uno de los cementerios de esta Corte, campo neutral,

montón de tierra movedizo y obscuro, catálogo anónimo de muchas miserias y de muchos infortunios, anónimos también, di en la cuenta de que en aquella fosa, olvidada de todos, recogida por el amor disolvente de la tierra, disfrutando seguro y cómodo hospedaje, reposaba Enriqueta, la que no tuvo en vida ni hogar propio ni amante fijo. Y al pensar en ella hubo de ocurrírseme este artículo, que no es la historia de un ser, sino la necrología de un estimulante.

Estimulante poderoso, enérgico, nacido allá en las últimas capas humanas, desde las cuales había subido a las primeras, así como por el tronco torcido y grosero de algunos árboles sube el germen envuelto con la savia para encaramarse a la punta de la rama más alta y brotar por ella en forma de botón sonrosado al principio, en la de fruto espléndido luego. Fruto que,

apenas visto por el enjambre de pájaros que anidan en las ramas del árbol, despierta sus codicias y agita sus alas con estremecimiento voraz, hasta que todos juntos se lanzan sobre él, con el pico entreabierto y los ojos brillantes, esforzándose cada uno de por sí en llegar el primero, riñendo con furia, estorbando el paso, avaros de la presa, que es mordida por uno y después por todos, que la embisten en tropel desordenado y confuso.

A cada picotazo se abre una herida sobre la corteza del fruto, que brinda su jugo a los hambrientos solicitadores con igual y pasiva indiferencia, hasta que, seco, rugoso, marchito, destrozado por fuera, roído por dentro, impotente para atraer ninguna mirada, inútil para satisfacer ningún apetito, cae al suelo, se hunde con golpe sordo en el primer surco que la tierra le ofrece, y allí se descompone, prestando, con las

últimas partículas de su substancia, elementos de vida a otros gérmenes, manjares nuevos que condimenta para sus festines la Naturaleza glotona.

Esa historia es, en síntesis, la historia de Enriqueta. Yo la he visto ostentando descaradamente su juventud en presencia de una turba impaciente y nerviosa, que se arremolinaba en torno de su cuerpo con ansia febril, ofreciéndola, a cambio de él, la fortuna, la sangre, el honor a veces; seres decrepitos, no por la edad, por el vicio; muchedumbre de gusanos hambrientos agrupándose sobre aquella flor, pidiéndole, no su perfume, porque no le tenía, sino algo de su vida exuberante y de su sangre fresca, como si en ella pudiesen encontrar la fuerza y la robustez que les faltaba. He visto eso, y he visto al propio tiempo cómo rodaba aquella mujer de orgía en orgía, de placer en placer, de capricho en capricho,

pasiva en medio de su actividad, indiferente en medio de sus goces, pasando de amante en amante, no por voluntad, por destino; mostrándose orgullosa de algunos, más que por determinaciones de la inclinación, por el influjo que ejerce sobre todo animal lo que es extraordinario y hermoso; orgullo semejante al que experimenta un caballo de pura raza cuando oprime sus lomos un buen jinete.

Así, desgastada por aquel esfuerzo continuo, por aquel vértigo incesante, fué marchitándose poco a poco, a pesar de su consistencia y de su poder, Enriqueta, la carne de juerga, de la que cada transeunte se había llevado una fibra; y estrujada, inservible, vaciló algunos meses entre las angustias de la miseria y cayó más tarde en el lecho de un hospital para morir sola, sin dejar un recuerdo, sin despertar una pena, arrojada en el olvido, como lo que

era, como un sobrante de la orgía humana.

Aún recuerdo el aspecto que ofrecía su cuerpo acostado sobre una losa del depósito de cadáveres. Allí estaba Enriqueta lívida, descarnada, horrible. Había desaparecido la última sombra de su belleza; la dió íntegra para satisfacer las codicias del mundo; hasta sus cabellos, su último encanto, el único que no pudieron arrebatarse en vida, se le arrebataron después de muerta, trasquilándola brutalmente. Todo lo aprovechable se había aprovechado; ya podía caer en la fosa como el fruto podrido cae entre los surcos del terreno.

Y cayó, y en la fosa se disuelve y se transforma, prestando, con sus restos en descomposición, elementos de vida a la vida de otras substancias y de otros seres.

No creáis que voy a pedir os para ella una lamentación ni una lágrima; no las me-

rece; tal era su destino: si vosotros tuvierais alguna parte en él, yo no he de recordarlo; tampoco ella ha de protestar.

Pero ya que no os ocupéis de su memoria, ni para sentirla ni para despreciarla, no la olvidéis por completo; sed consecuentes, y cuando os encontréis al lado de mujeres que son hermanas de Enriqueta por organización y por hábitos, acordaos de ella como os acordáis en un banquete de otro banquete que satisfizo y deleitó vuestro paladar y vuestro estómago.

No le deis el agradecimiento del alma, pero dadle el agradecimiento de los sentidos.